



OBRAS *escogidas*
de los

PADRES APOSTÓLICOS



· DIDACHÉ · CARTAS DE CLEMENTE ·
· CARTAS DE IGNACIO MÁRTIR ·
· CARTA Y MARTIRIO DE POLICARPO ·
· CARTA DE BERNABÉ · CARTA A DIOGNETO ·
· FRAGMENTOS DE PAPÍAS · PASTOR DE HERMAS ·

EDITOR:

Alfonso Ropero



DESCARGA

GRATUITA

 Editorial CLIE



**Como muestra
de gratitud por su compra,**

visite www.editorialclie.info
y descargue gratis:

*“Los 7 nuevos descubrimientos sobre
Jesús que nadie te ha contado”*

Código:

DESCU24

OBRAS *escogidas*
de los

PADRES APOSTÓLICOS

· DIDACHÉ · CARTAS DE CLEMENTE ·
· CARTAS DE IGNACIO MÁRTIR ·
· CARTA Y MARTIRIO DE POLICARPO ·
· CARTA DE BERNABÉ · CARTA A DIOGNETO ·
· FRAGMENTOS DE PAPÍAS ·
· PASTOR DE HERMAS ·

EDITOR:

Alfonso Roperó



editorial clie

EDITORIAL CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
www.clie.es



Editado por: Alfonso Ropero Berzosa

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2018 por Editorial CLIE

OBRAS ESCOGIDAS DE LOS PADRES APOSTÓLICOS

ISBN: 978-84-945561-8-0
Depósito Legal: B 16833-2016
Teología cristiana
Historia
Referencia: 225007

Impreso en USA / Printed in USA

Índice

Prólogo a la Colección <i>PATRÍSTICA</i>	15
--	----

INTRODUCCIÓN: LOS PADRES APOSTÓLICOS, UN PRIMER ESLABÓN EN LA	
GRAN CADENA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA	19
El uso del título “Padre”	19
Los Padres, la Biblia y su interpretación	21
Los Padres Apostólicos, profecía y carisma	22
Pobreza doctrinal del siglo II	25
LA DIDACHÉ o ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES	28
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	30
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	30
1 CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS	31
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	34
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	38
2 CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS	39
a) <i>La predicación más antigua</i>	40
b) <i>Autor y fecha de composición</i>	41
CARTAS DE IGNACIO MÁRTIR	42
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	47
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	49
CARTA DE POLICARPO	55
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	57
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	61
EL MARTIRIO DE POLICARPO	63
a) <i>Transmisión y manuscritos</i>	66
CARTA DE BERNABÉ	67
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	69
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	74
CARTA A DIOGNETO	74
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	75
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	79
FRAGMENTOS DE PAPÍAS	79
EL PASTOR DE HERMAS	82
a) <i>Autor y fecha de composición</i>	86
b) <i>Transmisión y manuscritos</i>	88
Nota bibliográfica	90

DIDACHÉ O

ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES	91
1 Los dos caminos	93
2 El segundo mandamiento	95
3 Lo que hay que evitar y lo que hay que cultivar	96
4 Deberes del creyente	97
5 El camino de la muerte	99
6 Rectitud e idolatría	100
7 El bautismo	101
8 El ayuno y la oración	102
9 La Santa Cena	103
10 Oraciones para después de la Cena	104
11 Apóstoles y profetas	105
12 Ayuda al caminante	107
13 Sustento de profetas y maestros	108
14 Celebración del día del Señor	109
15 Elección de obispos y diáconos	110
16 El fin de los tiempos	111

PRIMERA CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS	113
Saludos	115
Virtudes de la iglesia de Corinto	115
Prosperidad e ingratitud	116
Celos y envidia, origen del mal	117
El martirio de Pedro y Pablo	117
Mártires romanos bajo Nerón	118
Llamada al arrepentimiento	118
Dios quiere que el pecador viva	119
Obediencia a la voluntad de Dios	120
El ejemplo de Abraham	120
El ejemplo de Lot	121
El ejemplo de Rahab	121
Exhortación a la humildad	122
Mansedumbre y benignidad	122
La humildad de Cristo	123
La humildad de los profetas y los patriarcas	124
La humildad de David	125
La humildad y la obediencia nos hacen mejores	126
La enseñanza del orden de la creación	126
El temor a Dios en santidad	127
La confirmación de la fe en Cristo	128
Advertencia contra el doble ánimo	128

Considerando la resurrección	129
El ave Fénix	129
El testimonio de la Escritura	130
Todo está ante la vista de Dios	130
Nadie puede escapar de Dios	131
La porción especial de Dios	131
Guardando el vínculo de la unión	131
La bendición de Dios	132
Justificados por la fe	132
La necesidad de obras de justicia	133
Partícipes de sus promesas	134
Ser partícipes de los dones prometidos	134
Jesucristo, ayudador en nuestras debilidades	135
La milicia cristiana	136
Ayudándose unos a otros	136
Vanidad de la gloria humana	137
El orden divino	137
El orden adecuado	138
El fundamento último del orden pastoral	138
El ejemplo de Moisés respecto al orden ministerial	139
El orden apostólico	140
Los justos nunca han sido despreciados por los santos	140
Llamamiento a la unidad	141
El recuerdo del apóstol Pablo	142
La puerta de la justicia	142
El amor y los mandamientos	143
La bienaventuranza del amor	143
Confesión del pecado	144
El sacrificio de la confesión	145
Oración de intercesión	145
Apartarse por amor del pueblo	145
Ejemplos de abnegación por los demás	146
La corrección del Señor	146
Llamamiento a los sediciosos	147
Aceptación y arrepentimiento	148
Súplica de toda la Iglesia	148
Oración de alabanza	149
Oración de perdón y auxilio	149
Oración por los gobernantes	150
Recapitulación	150
Recomendaciones	151
Bendición final	151

SEGUNDA CARTA DE CLEMENTE	153
La magnitud de la salvación	155
El gozo de la salvación	155
Confesar a Cristo es cumplir su Palabra	156
Confesión mediante obras	156
En el mundo sin ser del mundo	157
La enemistad entre el mundo presente y el de Dios	157
El combate cristiano	158
Aprovechando el tiempo presente	159
Salvos en la carne y juzgados en ella	159
El castigo y el goce eternos	160
Advertencia contra la indecisión	160
La venida del reino de Dios	161
Los dichos y los hechos	162
La antigüedad de la Iglesia	162
La recompensa de ganar un alma	163
La proximidad del juicio	164
Conversión y juicio	164
El sufrimiento presente y la gloria futura	165
Entrenarse en la piedad, no en el comercio	166
 CARTAS DE IGNACIO CARTA A LOS EFESIOS	 167
Presentación y saludos	169
Solicitud de los efesios	169
Expresión de gratitud	169
Compañerismo y armonía	170
Unidad con el obispo	170
Obediencia a los pastores	171
El obispo representa al Señor	171
Advertencia sobre los falsos pastores	171
Vida en el Espíritu	172
Doctrinas falsas	172
Actitudes frente a los no cristianos	172
Los últimos tiempos	173
Recuerdo del testimonio de Pablo	173
Concordia y paz	174
La fe y el amor	174
Hablar y vivir	174
Contra los corruptores de la fe	175
La unción del Señor	175
Jesucristo, linaje de David y Dios fruto del Espíritu	175
El misterio de la Encarnación de Dios	176
Vida nueva en Cristo	176
Oración y despedida	177

CARTA A LOS MAGNESIOS	179
Presentación y saludos	181
Unión de fe y de amor	181
Sometidos al obispo y al presbiterio	181
Dios Padre, obispo universal	181
Consecuentes con nuestra profesión	182
La marca de Dios y del mundo	182
Obispos, presbíteros y diáconos	182
Nada sin el obispo y los ancianos	183
Los judaizantes	183
Los profetas, discípulos de Cristo	183
La nueva levadura de Cristo	184
Fundados en la fe	184
Modestia en Cristo	184
Llamamiento a la unión	185
Solicitud de oración	185
Despedida	185
 CARTA A LOS TRALLANOS	 187
Presentación y saludos	189
Firmes en la paciencia	189
Vivir según Jesucristo	189
Sin ministerio no hay iglesia	190
Lucha contra la vanagloria	190
Dones sobrenaturales	190
Cuidarse del buen alimento	191
Unidos a los ministros de Dios contra la herejía	191
La fe como carne y al amor como sangre de Cristo	191
Advertencia contra los docetas	191
No somos fantasmas	192
Ramas de su cruz	192
Permaneced en concordia y en oración unos con otros	193
Despedida	193
 CARTA A LOS ROMANOS	 195
Presentación y saludos	197
Respuesta a la oración	197
Dispuesto para el sacrificio	197
El cristianismo es poder	198
Trigo de Cristo	198
Atado entre diez leopardos	199
Imitador de la pasión de Dios	199
Crucificado al mundo	200

El gozo de vivir la vida de Dios	200
Dios como pastor y Cristo como obispo	201
Despedida	201
CARTA A LOS FILADELFIOS	203
Presentación y saludos	205
Elogio del obispo	205
Con el pastor frente a los lobos	205
Las malas hierbas de la herejía	205
Unidos en la eucaristía	206
Salvos en la unidad de Jesucristo	206
Amonestación contra el judaísmo	206
“Amad la unión, evitad las divisiones”	207
Dios no reside en la división	207
Superioridad del Evangelio respecto a la Ley	208
Buenas noticias de Antioquía	208
Despedida	209
CARTA A LOS ESMIRNENSES	211
Presentación y saludos	213
Profesión de fe contra el docetismo	213
Errores docetas	213
Cristo estaba en la carne después de la resurrección	214
Cristo, hombre perfecto	214
“La pasión es nuestra resurrección”	214
Evitad el engaño	215
Abstenerse de los herejes	215
Las divisiones, principio de males	216
Honrar al obispo y ser honrados por Dios	216
Expresión de gratitud	216
Embajada a Antioquía	217
El grato ministerio de Burro	217
Despedida	218
CARTA A POLICARPO	219
Saludos y consejos	221
Cura de almas y firmeza	221
Soportando todas las cosas por amor	222
Cuidado de las viudas	222
Nada se haga por jactancia	222
Luchando juntos	223
El cristiano da su tiempo a Dios	223
Últimas recomendaciones	224

CARTA DE POLICARPO	225
Saludos y consejos	227
Salvos por gracia, no por obras	227
Discípulos de Cristo	227
Fe, esperanza y amor	228
Las casadas y las viudas	228
Diáconos y jóvenes	229
Los ancianos o presbíteros	229
Falsas enseñanzas	230
Imitadores de Cristo	230
El ejemplo de los mártires	231
Comportamiento cristiano	231
La caída de Valente	232
Mansedumbre frente al enojo	232
El encargo de Ignacio	233
Despedida	233
 MARTIRIO DE POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA	 235
Saludos de la iglesia de Esmirna	237
El sello del martirio	237
El sufrimiento gozoso de los mártires	237
Valor de Germánico	238
No hay que entregarse a uno mismo	238
La visión de Policarpo	239
El arresto	239
Camino del martirio	240
Testimonio ante el procónsul	240
Defensa de la fe	241
Conminado a retractarse	241
Enemistad de los paganos	242
En la hoguera	242
Oración de Policarpo	243
Como oro y plata en el crisol	243
La muerte de un maestro apostólico y profético	244
Diferencia entre los mártires y Cristo	244
Los huesos de Policarpo	245
La gloria de Policarpo	245
Despedida	246
Fecha del martirio	246
Apéndice	246
Otro epílogo al <i>Martyrium</i> , del código de Moscú	247

CARTA DE BERNABÉ	249
1 El conocimiento perfecto	251
2 Sacrificios espirituales	252
3 El ayuno agradable al Señor	253
4 El fin de los tiempos y el Nuevo Pacto	254
5 Redención por la sangre de Cristo	257
6 Cristo, roca de salvación	259
7 Tipos de Jesús en las leyes de sacrificios	262
8 El simbolismo de la novilla bermeja	264
9 La verdadera circuncisión	265
10 Simbolismo de los animales impuros	267
11 Símbolos del bautismo	269
12 Tipos de la cruz	271
13 El pueblo cristiano, heredero del pacto	273
14 La Nueva Alianza en Jesús	274
15 La verdadera santificación del sábado	276
16 El verdadero templo de Dios	278
Recapitulación	279
17 El camino de la luz	280
18 El camino de las tinieblas	282
19 Las ordenanzas del Señor	283
 CARTA A DIOGNETO	 285
1 Propósito del escrito	287
2 Refutación de la idolatría, defensa del cristianismo	288
3 Refutación del culto judío	290
4 Rechazo de las prácticas judías	291
5 Descripción de los cristianos	292
6 Los cristianos, alma del mundo	294
7 Origen divino del cristianismo	295
8 La revelación de Dios	297
9 El plan divino de redención	298
10 Salvos por Dios para servir al prójimo	300
11 La enseñanza y la gracia del Verbo	301
12 El árbol de la vida y del conocimiento	303
 FRAGMENTOS DE PAPIÁS	 305
1 Papiás, discípulo de los apóstoles	307
3 La obra de Papiás según Eusebio	309
Los dos Juanes	309
El reino milenarismo de Cristo	311
Los dos primeros Evangelios	311
4 La mujer sorprendida en adulterio	313

5 Testimonio de Felipe Sidetes	314
6 El martirio de Juan	315
7 El testimonio de Jerónimo	316
10 El Apocalipsis	319
14 Productividad de la tierra durante el Milenio	323
16 Placeres de comida después de la resurrección	325
18 Muerte y castigo de Judas	327
19 El Evangelio de Juan	328
 EL PASTOR DE HERMAS	 331
VISIONES	333
1 Pecado de pensamiento	333
Tristeza de Hermas	334
2 Pecados de los hijos y llamada al arrepentimiento	337
Consejos a Hermas	338
Revelación sobre la Iglesia	339
3 La gloria de los mártires	340
La construcción de la torre	341
Simbolismo de las piedras	343
Las siete virtudes	346
Llamamiento a los hijos de la Iglesia	347
Las tres formas de la anciana	348
4 La gran bestia de cuatro colores	351
Significado de la visión	352
5 Aparición del Pastor	354
MANDAMIENTOS	355
1 Fe y temor de Dios	355
2 Contra calumnia	356
Generosidad	356
3 Contra la mentira	357
4 La castidad	358
El arrepentimiento	359
El pecado después del bautismo	360
Segundas nupcias	361
5 La paciencia	362
6 Confianza en el camino llano	365
Los dos ángeles del hombre	365
7 Temor de Dios	367
8 La templanza	368
9 Contra la indecisión	370
10 Contra la tristeza	372
11 Contra los falsos profetas	374

12	Contra el mal deseo	377
	Poder para guardar los mandamientos	378
	Victoria sobre el diablo	379
	SIMILITUDES	381
1	La verdadera ciudad del cristiano	381
2	El olmo y la vid	383
3	Los árboles secos	385
4	Árboles en flor	386
5	El ayuno agradable a Dios	387
	Parábola del esclavo y la viña	387
	Interpretación de la parábola	389
	El Hijo de Dios, siervo y Señor	391
	Pureza de la carne por el Espíritu	392
6	Los dos pastores	393
	La indulgencia y el engaño	394
	El ángel del castigo	395
	Autoindulgencia y tormento	395
7	La aflicción en la casa de Hermas	398
8	El gran sauce	400
	Las varas secas y las verdes	400
	Las coronas	401
	El juicio de las varas	403
	Arrepentimiento y salvación	408
9	Visión de los montes de Arcadia	409
	Visión de la roca, la puerta y las vírgenes	410
	Visión de la construcción de la torre	411
	El Señor inspecciona la obra	413
	Remodelación de las piedras	415
	Limpieza de la torre	417
	La noche entre las vírgenes	418
	Significado de la roca	419
	La torre y las vírgenes	421
	Tiempo para arrepentirse	422
	El nombre de las vírgenes y las mujeres vestidas de negro	423
	Simbolismo de las montañas	425
	Simbolismo de las piedras	432
10	Exhortación al testimonio del Evangelio	435
	Índice de Conceptos Teológicos	439
	Títulos de la colección Patrística	443

INTRODUCCIÓN:

LOS PADRES APOSTÓLICOS, UN PRIMER ESLABÓN EN LA GRAN CADENA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA

El uso del título “Padre”

El título honorífico de “Padre” obedece a ideas tomadas de la vida común y de la cultura religiosa de la época. El padre es el progenitor de la familia, el cabeza a quien compete la preocupación por ella, y su dirección. Durante un tiempo, perceptible en el Antiguo Testamento, el padre hizo de sacerdote del culto doméstico, representante de Dios en la familia. Los patriarcas, por su parte, son los padres de la nación y los depositarios de la promesa, garantes del pacto con Dios. “Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre” (Lc. 1:54, 55).

Del uso familiar, el nombre padre pasó a significar, por analogía, padre en sentido figurado, “padre espiritual” (*pater pneumatikos*). Así vemos a Pablo llamarse padre de los corintios, a quienes engendró por el evangelio (1ª Co. 4:14-15). Padre espiritual viene a identificar al que educa, enseña y proclama el evangelio, así como al que preside la comunidad. Hasta el siglo IV el título de padre se aplica exclusivamente a los obispos. A partir del siglo V se confiere también a los presbíteros o sacerdotes y a los diáconos. También los superiores de los monasterios son llamados padres, en acepción directa del título arameo, utilizado por Cristo para referirse a Dios: *Abba*, *abad*.

Pero aquí surge un conflicto de conciencia a los que han aprendido de labios de Cristo aquello que dice: “No llaméis padre a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en el cielo” (Mt. 23:9).

Ya Jerónimo advirtió que era una contradicción irreverente utilizar un título divino aplicado a un ser humano. “Siendo así que *abba* en lengua hebrea y siríaco significa

Vemos
a Pablo
llamarse
padre
de los
corintios.
Pero aquí
surge un
conflicto de
conciencia.
Cristo dice:
“No llaméis
padre a
nadie en
la tierra”.

Se da una perfecta simbiosis entre la imitación de Cristo y la imitación de aquellos que lo representan con fe y buena conciencia.

‘padre’, y nuestro Señor en el Evangelio ordena que a nadie debe llamarse ‘padre’ más que a Dios, no sé con qué licencia en los monasterios llamamos a otros o nos dejamos llamar nosotros mismos con este nombre” (San Jerónimo, *In Ep. ad Galatas* 2). Pacomio, por su parte, dice: “Jamás pensé que yo era el padre de los hermanos, pues sólo Dios es padre” (*Vita Graeca prima* 105). Sin embargo, el título siguió utilizándose, justificando su uso como una manera de rendir homenaje a la única y ejemplar paternidad de Dios, de quien deriva toda paternidad humana. El apóstol Pablo se considera a sí mismo un padre espiritual, no sólo respecto a los corintios, sino a individuos concretos como Onésimo y Timoteo: “Te ruego por mi hijo Onésimo, que he engendrado en mis prisiones” (Fil. 1:10). “Timoteo, verdadero hijo en la fe” (1ª Ti. 1:2). Y ocurre que así como hay que ser “imitadores de Dios” (Ef. 5:1), modelo ejemplar en última instancia, esta imitación se concreta de un modo visible en aquellos que siguen a Dios con fidelidad y buena conducta, de quien reciben el carácter ejemplarizante: “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así anduvieren como nos tenéis por ejemplo” (Fil. 3:17). “Que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (He. 6:12). De modo que se da una perfecta simbiosis entre la imitación de Cristo y la imitación de aquellos que lo representan con fe y buena conciencia, según el mensaje evangélico: “Vosotros fuisteis hechos imitadores de nosotros, y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1ª Ts. 1:6).

Así, Padres de la Iglesia es un concepto tradicional aplicado a aquellos escritores eclesiásticos garantes de la enseñanza de los apóstoles, no infalibles, pues en todo momento se refieren, y han de atenerse a la autoridad superior y última de la Sagrada Escritura, la *regula fidei* del cristianismo. Cuando un determinado Padre de la Iglesia está de acuerdo plenamente con la Escritura, es testigo auténtico de la fe y de la doctrina de la Iglesia. Por eso, a partir del siglo IV, los obispos que se habían significado de manera especial en la transmisión, explicación y defensa de la fe, recibieron el título de Padres de la Iglesia o de Santos Padres (cf. H. R. Drobner, *Manual de Patrología*, p. 18. Herder, Barcelona 1999).

Por otra parte, la importancia concedida a la dimensión histórica del ser humano en la filosofía de los últimos siglos, ha llevado a los teólogos a darse cuenta de la tremenda importancia de esta para su trabajo teológico. Por eso la atención se ha dirigido a la Biblia como revelación histórica y, a la vez, se ha retomado con nuevo vigor el estudio de los Padres de la Iglesia, testigos privilegiados del cristianismo temprano. Esto ha hecho posible un mayor conocimiento de los orígenes cristianos, de la génesis y de la evolución histórica de las diversas cuestiones y doctrinas contenidas en la Escritura. Y no sólo se ha accedido a las fuentes históricas del pasado como una mera labor científica, sino que el progresivo estudio de las mismas está influyendo en las orientaciones espirituales y pastorales de la Iglesia actual, indicando nuevos caminos hacia el futuro. Es natural, pues, que el creyente interesado en su fe se aproveche grandemente de ellos.

Porque si bien el estudio de los Padres, la Patrística, de la historia de la teología en general, es una labor científica, la edición de los textos mismos pone en manos del lector moderno unos escritos que transpiran la vida de sus autores originales, que contagian con su entusiasmo y candidez. Sea para confirmar o para discrepar de ellos, su lectura es siempre provechosa para el alma. Hay poca especulación en ellos y sí mucha emoción viva.

Los Padres, la Biblia y su interpretación

Respecto al estudio de la Biblia, los Padres son primero y esencialmente comentadores de la Escritura, a la que defienden siempre como divina, inspirada, y normativa en doctrina y práctica. La exégesis que practican es por lo general la que obedece al método alegórico o espiritual, que complementa la interpretación gramatical o histórica, enriqueciéndola con intuiciones profundamente teológicas. “Habéis escudriñado las Escrituras, que son verdaderas, las cuales os fueron dadas por el Espíritu Santo” (Clemente, *1 Cor.* 45). De Policarpo sabemos que era un consumado lector de las Sagradas Escrituras desde su niñez, lectura que aconsejaba a los demás, “diciendo que la lectura de la ley y los profetas es la precursora de la gracia, enderezando los caminos del Señor, los corazones

**La atención
se ha
dirigido
a la Biblia
como
revelación
histórica y,
a la vez,
se ha
retomado
con nuevo
vigor el
estudio de
los Padres
de la Iglesia.**

Los Padres de la Iglesia en su modo de encarar la Biblia introducen un impulso de libertad en el pensamiento cristiano y un sentido de seguridad.

de los oyentes, semejantes estos a las tablas en las que ciertos dogmas y sentencias difíciles, escritos antes de ser bien conocidos, se van primero puliendo y alisando por medio de la asiduidad del Antiguo Testamento y su recta interpretación, a fin de que, viniendo luego el Espíritu Santo, como una especie de punzón, pueda inscribirse la gracia y júbilo de la voz del Evangelio y de la inmortal y celeste doctrina de Cristo" (*Vida de Policarpo* 19).

La interpretación alegórica, muy utilizada por los escritores del N.T., fue un método puesto en práctica por los judíos alejandrinos, Filón el más representativo, adoptado por cristianos y judíos por igual. El aprecio de los cristianos por este método interpretativo, se pone de manifiesto en Jerónimo, un biblista a todas luces erudito y responsable, que no duda en inscribir a Filón entre los "escritores eclesiásticos" (*Vidas ilustres*, 11). Precisamente la estima de Filón entre los judíos fue la causante de ser casi ignorado por estos después de su muerte, pese al gran número de libros que escribió (véase Alfonso Ropero, *Introducción a la filosofía*, cap. 2. CLIE, Terrassa 1999).

Los Padres de la Iglesia, en general, en su modo de encarar la Biblia introducen un impulso de libertad en el pensamiento cristiano y un sentido de seguridad gracias a su decidido cristocentrismo y su orientación constante hacia lo fundamental, lo que es esencial, lo que permanece y no cambia en virtud de su filiación con el Verbo divino, que es preciso rescatar.

Los Padres Apostólicos, profecía y carisma

Los primeros escritos patrísticos se conocen por Padres Apostólicos, debido a su estrecha relación con los apóstoles, de quienes se cree fueron discípulos directos. Si bien es cierto que, en algunos casos, las modernas investigaciones presentan serias dificultades en afirmar que todos ellos tuvieron contacto directo con los apóstoles, de lo que no hay duda alguna es de que sus escritos son un verdadero tesoro que nos transmite de forma directa el pensamiento y las costumbres de la Iglesia primitiva en su interpretación de las enseñanzas del Señor.

La mayoría de estas obras se escribieron en griego *koiné*, la lengua común de la época. Tertuliano, en el si-

guiente siglo, es uno de los primeros en escribir en latín, que llegará a ser la lengua oficial de la Iglesia occidental. Son escritos sencillos en lo que se refiere a fondo y forma. Su importancia deriva del hecho de que sus autores estuvieron directamente vinculados a los apóstoles de Cristo o su entorno inmediato y representan un eslabón imprescindible en la gran cadena espiritual que une la Iglesia primitiva con las generaciones siguientes. Aunque pocos en número, los escritos de los llamados Padres Apostólicos cubren todo el siglo II y nos orientan sobre la dirección que estaba tomando la doctrina y práctica cristianas.

Por su relación inmediata con los apóstoles de Cristo, estas obras nos informan en la medida de lo posible de la vida de la Iglesia cuando dejó de existir el último de los apóstoles. ¿Cómo actuaron los creyentes cuando faltaron los testigos oculares de Cristo? ¿Cómo vivieron su relación con Cristo y el Espíritu Santo estas generaciones posteriores? ¿Cómo se entendieron a sí mismos en espera de la Segunda Venida de Cristo? Si es verdad que el Espíritu Santo de la promesa nunca ha faltado en la Iglesia, entonces estos textos nos muestran cómo ese mismo Espíritu siempre guía a los suyos en toda verdad y fidelidad al mensaje de Cristo.

Los apóstoles, Pablo en concreto, tuvieron un interés particular en formar hombres fieles que a su vez fueran capaces de enseñar a otros (2ª Ti. 2:2). Y los Padres Apostólicos son sus primeros frutos conocidos. O Pedro: “También yo procuraré con diligencia, que después de mi fallecimiento, vosotros podáis siempre tener memoria de estas cosas” (2ª P. 1:15). ¿Cómo se cumplieron estos anhelos apostólicos? ¿Cómo se guardó la memoria de los apóstoles? ¿Cómo se formaron los maestros de la Iglesia?

Por el testimonio de los Padres Apostólicos que hoy tenemos –seguro que nos faltan más– somos capaces hoy día de detectar lo que es espurio en el canon de la Escritura de lo que es verdadero, tan constante es su referencia a los libros bíblicos. Reflejan la preocupación por mantener y transmitir la enseñanza apostólica que han recibido de labios de los mismos apóstoles.

Su misma dependencia respecto a los escritores del primer siglo, nos muestra la superioridad de éstos y la alta estima en que fueron tenidos por la Iglesia desde el principio. Son inferiores a los escritos del Nuevo Testamento

Aunque pocos en número, los Padres Apostólicos cubren todo el siglo II y nos orientan sobre la dirección que estaba tomando la doctrina y práctica cristianas.

**Los Padres
Apostólicos
sirven como
puente
entre los
escritores
neotestamentarios
y los
grandes
apologistas
del siglo III.**

en cuanto son conscientes de estar viviendo de la tradición apostólica y bajo la autoridad de las verdades proclamadas al principio, “en el cumplimiento del tiempo”. De algún modo enseñan que la época apostólica no consiste en recibir nuevas revelaciones del Espíritu, sino en entender y transmitir fielmente la “fe dada una vez a los santos” (Jud. 1:3).

La gran estima de que gozaron estos escritos en el cristianismo antiguo se refleja sobre todo en el hecho de que casi todos ellos fueron contados entre los libros inspirados o sagrada Escritura y puestos en la lista de libros canónicos o tenidos por normativos en muchas comunidades cristianas. La *Primera Carta de Clemente* fue temporalmente una parte integrante del canon neotestamentario en las iglesias egipcia y siria. El *Pastor* de Hermas estuvo durante siglos en el canon de muchas iglesias. Clemente de Alejandría no se cansa de citarlo como libro inspirado. Otro tanto hacen Ireneo y Orígenes, aunque ésta ya constata que “el pequeño libro del *Pastor* parece ser despreciado por algunos” (*De principiis*, IV, 1,11).

Por otra parte, los Padres Apostólicos sirven como puente entre los escritores neotestamentarios y los grandes apologistas del siglo III; constituido por mártires que tienen que enfrentar una persecución tras otra. Época de actos heroicos sin tiempo ni posibilidad de elaborar grandes sistemas doctrinales, debido a la precariedad de su existencia amenazada. Como ha escrito A. A. Cox, el siglo segundo no es una era de escritores, sino de soldados; no de predicadores, sino de mártires, de testigos que pagan con su propia sangre su confesión de fe en Cristo.

Históricamente, la época de los Padres es el período en el que se dan los primeros pasos en el planteamiento del gobierno de la Iglesia y la fijación de ciertas doctrinas, contra las herejías nacientes como el docetismo y el gnosticismo. Sobre todo, se observa en ellos una preocupación por mantener la unidad de la Iglesia y la pureza de la vida cristiana. Se trata, por tanto, de testimonios de alto valor humano y doctrinal.

La *Didaché* o el *Pastor* de Hermas enlazan las primeras comunidades carismáticas, tipo Corinto, con el cristianismo posterior, cada vez más centrado en el ministerio jerárquico de los obispos. Dotados del carisma profético se nos presentan los grandes obispos Ignacio y Policarpo.

En la *Didaché* o el *Pastor* los profetas gozan de más prestigio que los obispos, presbíteros o ancianos. En su polémica con el judío Trifón, Justino apela al carisma profético presente en la Iglesia para demostrar que ésta es la sucesora de Israel: “Entre nosotros, aun hasta el presente, se dan los carismas proféticos. Por donde hasta vosotros tenéis que daros cuenta de que los que en otros tiempos se daban en vuestro pueblo han pasado a nosotros” (*Dial.*, 82). Hacia el año 180, Ireneo atestigua este mismo hecho: “Con frecuencia oímos hablar de hermanos que tienen en la iglesia el carisma profético, y que, por la virtud del Espíritu Santo, hablan en todo género de lenguas y, con miras a la utilidad, manifiestan los secretos de los hombres e interpretan los misterios de Dios” (*Contra las herejías*, V, 6,1).

**Los profetas
gozan
de más
prestigio
que los
obispos,
presbíteros
o ancianos.**

La decadencia del profeta se debe sin duda al peligro que ya se apunta en el Nuevo Testamento en cuanto a los falsos profetas que proliferan en todas partes (1ª Jn. 4:1), y el abuso de la profecía por parte de Montano, con sus sueños sobre el Paráclito y la Jerusalén celestial. Sin embargo, como señala Daniel Ruiz Bueno, ni “aun en la crisis montanista se niega en principio la autoridad profética, sino los desvaríos que pudieran ampararse de supuestas profecías”.

Pobreza doctrinal del siglo II

Para los teólogos y estudiosos de la historia del dogma este es un período que contrasta, por su simplicidad y pobreza teológica, con los escritos apostólicos. Es, dicen, como bajar del pináculo de la montaña a la que Pablo se ha elevado al valle que vive de los riachuelos que bajan de la cumbres. Los escritos de los Padres Apostólicos son sencillos comparados con los del Nuevo Testamento.

Esto es cierto, pero hay que entenderlo en su justa perspectiva. En los escritos del Nuevo Testamento habla la experiencia directa de Cristo y sus inmediatos discípulos, en los otros los creyentes que abiertamente confiesan su rango de discípulos frente a los superiores maestros apostólicos, a quienes no pretenden enmendar, sino emular, en cuanto testigos privilegiados de la manifestación de la Verdad encarnada, principio y fundamento normativo de la fe cristiana para todas las épocas.

Por un proceso natural de las primeras comunidades cristianas, urgía enfrentar un tema tan paulino como el de la santificación y unidad de la Iglesia.

“En ellos –escribe G. P. Fisher– perdemos, falta la profundidad y poder de los escritores canónicos” (*History of Christian Doctrine*. T&T Clark, Londres 1901). “Al pasar del estudio del Nuevo Testamento a los Padres Apostólicos, uno es consciente del cambio tremendo. No hay la misma frescura ni originalidad, profundidad ni claridad” (L. Berkhof, *History of Christian Doctrines*, p. 38, BT, Edimburgo 1985). “Con la excepción de Ignacio de Antioquía, sus escritos son de una gran pobreza teológica, caracterizados por un moralismo que los distingue tanto de los libros del Nuevo Testamento como de las obras de los padres posteriores” (Oscar Cullmann, *El diálogo está abierto*, p. 150, Marova, Barcelona 1972). El historiador católico Henry Rondet comparte esta misma valoración protestante de los Padres Apostólicos. Escribe que aunque estos “profesan la misma fe y la misma práctica sacramental, su teología, comparada con la riqueza de las epístolas de Pablo, es todavía rudimentario” (*Historia del Dogma*, p. 31. Herder, Barcelona 1972).

Creo que estos y otros autores se han dejado llevar por un concepto intelectualista del dogma, sin prestar demasiada atención a los factores históricos que intervienen en el desarrollo de las ideas y las doctrinas. Es cierto que en los Padres Apostólicos no aparecen los grandes temas teológicos de la elección y justificación de los pecadores tal como se presentan en Pablo, siempre estudiado y siempre por estudiar, pero es que, por un proceso natural de las primeras comunidades cristianas, urgía enfrentar un tema tan paulino como el de la santificación y unidad de la Iglesia, amenazada una y otra vez por quienes convertían su doctrina de la gracia en una excusa para el rechazo de toda norma y modelo de buena conducta; amenazando incluso la integridad social de las comunidades mediante la formación de partidos y subsiguientes cismas. “¿Pecaremos, porque no estamos bajo de la ley, sino bajo de la gracia? –se pregunta Pablo– En ninguna manera” (Ro. 6:15). “Y os ruego hermanos –escribe Pablo a renglón seguido–, que miréis los que causan disensiones y escándalos contra la doctrina que vosotros habéis aprendido; y apartaos de ellos” (Ro. 16:17).

A estos dos graves problemas responden prioritariamente los escritos de los llamados Padres Apostólicos, con el riesgo, naturalmente, de ir al otro extremo de en-

fatizar la santidad y buenas obras de los creyentes por encima de la gratuidad de la salvación mediante la fe en Cristo. Pero resulta muy difícil juzgar unos autores, y todo un siglo, por los escasos escritos que no han llegado, y la mayoría de ellos, escritos tan circunstanciales como las cartas de Clemente o Ignacio.

La fe y no las obras, dice Clemente con clara conciencia del mensaje evangélico, es el único elemento que justifica en ambas dispensaciones, en el Antiguo y el N.T. Todos los judíos “fueron glorificados y engrandecidos, no por causa de ellos mismos o de sus obras, o sus actos de justicia que hicieron, sino por medio de la voluntad de Dios. Y así nosotros, habiendo sido llamados por su voluntad en Cristo Jesús, no nos justificamos a nosotros mismos, o por medio de nuestra propia sabiduría o entendimiento o piedad u obras que hayamos hecho en santidad de corazón, sino por medio de la fe, por la cual el Dios Todopoderoso justifica a todos los hombres que han sido desde el principio” (1 Cle. 32). Policarpo escribe a su vez: “Vosotros sabéis que es por gracia que somos salvos, no por obras, sino por la voluntad de Dios por medio de Jesucristo” (Pol. 1). “¿Qué otra cosa aparte de su justicia podía cubrir nuestros pecados? –se pregunta Hermas– ¿En quién era posible que nosotros, impíos y libertinos, fuéramos justificados, salvo en el Hijo de Dios? ¡Oh dulce intercambio, oh creación inescrutable, oh beneficios inesperados; que la iniquidad de muchos fuera escondida en un Justo, y la justicia de uno justificara a muchos inicuos!” (Pastor, 9).

Desde estos presupuestos de la salvación por gracia, mediante la fe y no las obras, es como debemos entender sus llamamientos al arrepentimiento y a las buenas obras, o frutos por los que se conoce el cristiano. Frente al judaísmo del que cada vez están más despegados y cara al mundo que les ve como criminales, los cristianos del segundo siglo estaban en la imperiosa necesidad de “mostrar la fe por sus obras” (Stg. 2:18).

En las cartas neotestamentarias de Juan y Pablo ya observamos la creciente amenazada de la unidad interna de las iglesias, preocupación y peligro que iría creciendo a medida que nuevas personas, de diferentes trasfondos religiosos y culturales, iban aceptando la fe. A mantener la unidad de la Iglesia, cualquiera que fuera su localización geográfica, política y religiosa, se dedican las cartas

La fe y no las obras, dice Clemente con clara conciencia del mensaje evangélico, es el único elemento que justifica en ambas dispensaciones.

De algún modo nos indican que para hacer buena teología es preciso contar con el respaldo de una Iglesia unida que favorezca el desarrollo de la doctrina.

de Ignacio, Clemente, Hermas, Policarpo y, en realidad, todos los Padres Apostólicos, no por otro motivo gozaron de tan buena aceptación en el cristianismo antiguo, hasta el punto de figurar en el canon de algunas iglesias, por encontrar en ellas la respuesta a los problemas que les angustiaban entonces: la buena conducta de los creyentes y la unidad de la Iglesia en el vínculo de la paz, siempre amenazada por personas de dentro y de fuera, por herejes y cismáticos. En este sentido son documentos que es preciso leer una y otra vez para apreciar la alta estima en que era tenida la concordia de los hermanos cara al mundo y cara a la propia salud de las comunidades cristianas. De algún modo nos indican que para hacer buena teología, que pertenece a los siglos posteriores, es preciso contar con el respaldo de una Iglesia unida que favorezca el desarrollo de la doctrina evangélica en la armonía conjunta de su múltiple riqueza de matices, profundidad y variedad.

“Procura que haya unión –exhorta Ignacio a Policarpo–, pues no hay nada mejor que ella. Soporta a todos, como el Señor te soporta. ‘Toléralo todo con amor’ (Ef. 4:2), tal como haces. Entrégate a oraciones incesantes. Pide mayor sabiduría de la que ya tienes. Sé vigilante; y evita que tu espíritu se adormile. Habla a cada hombre según la manera de Dios. Sobrelleva las dolencias de todos, como un atleta perfecto. Allí donde hay más labor, hay mucha ganancia” (*Ig. a Pol.* 1).

El tema de la unión intereclesial en un cristianismo dividido y desgarrado por múltiples motivos e intereses, teológicos, históricos y políticos, sigue siendo una asignatura pendiente para los creyentes en la actualidad, tan angustiosa y apremiante como fue al principio. De algún modo, los Padres de la Iglesia no caen de la altura paulina, sino que preparan el terreno para que esta se pueda dar y no quedar oscurecida por grupos y partidos que obedecen siempre a los intereses de una persona y no a los de Cristo.

LA DIDACHÉ o ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES

Como escribió Vielhauer, la publicación de la *Didaché* (pronunciada *Diadajé*) por su descubridor, Philotheos Bryennios, metropolitano de Nicomedia, el año 1883, y por